

La arquitectura francesa posterior a 1789 y su influencia en la arquitectura chilena

Hernán Montecinos B.

Departamento de Diseño Arquitectónico
Universidad de Chile

El quiebre de la tradición arquitectónica francesa no se inició con las obras producidas en el período 1789-1799 para considerarla revolucionaria; esta "revolución arquitectónica" de la que tenían plena conciencia sus contemporáneos se manifestó ya en la cultura francesa entre los años 1760 y 1770.

Kaufmann en su documentado estudio sobre la arquitectura de la Ilustración afirmaba que, como en una premonición la arquitectura, extraordinariamente sensible como siempre al cambio de mentalidad que se estaba operando, proponía alternativas que podían ser juzgadas revolucionarias ya bajo los últimos Luises. Los arquitectos franceses de la generación de 1730 y 1760 estaban conscientes de la destrucción del sistema organizativo del Barroco y de la necesidad de establecer nuevos principios.

El Barroco parecía expresar plenamente el pensamiento de la época: "una parte domina sobre la otra de modo absoluto y las dominadas están ligadas firme y visiblemente a las dominantes", tendencia a subrayar el valor de los elementos dominantes entendida como "la armonía y concordia de las partes, conseguida de tal manera que nada pueda añadirse o quitarse sin demérito del todo". Los arquitectos y los artistas del Barroco intentaban alcanzar con sus obras el ideal propuesto por pensadores y filósofos, una arquitectura orgánica, fundamentalmente coherente, un todo continuo que exigía una relación jerárquica entre los elementos arquitectónicos.

A este sistema Barroco —al orden antiguo— se van a oponer los "arquitectos revolucionarios", proponiendo la independencia de los elementos frente al todo: el nuevo orden de la composición neoclásica. El principio fundamental que habría de gobernar la composición de ahora en adelante es

el de la autonomía, en que las partes del sistema debían quedar claramente diferenciadas.

Fue este —el Neoclásico— un movimiento progresista, renovador de la cultura de su tiempo; sus contemporáneos —los artistas, los arquitectos, los críticos— lo llamaron el “verdadero estilo” o el “auténtico estilo”, veían en él a un nuevo Renacimiento que triunfaba sobre los caprichos del Barroco tardío y del Rococó.

Fue éste, un tiempo de renovación moral y de voluntad de cambio, de aspirar a llegar “mediante el paciente progreso científico, o a través de un depurador retorno a lo Rousseau, a una pureza y sencillez primitivas, a un mundo nuevo y mejor, un mundo regido por las leyes inmutables de la razón y la equidad, un mundo en que lo infame sería aplastado para siempre”. En una sociedad que sustentaba tales aspiraciones, el arte debería tener una visión educadora y moralizadora y este rol se acentuó en los tiempos de la Revolución y del Directorio. Los gobernantes ilustrados fueron los promotores y fundadores de cenáculos y academias. Y esta actitud —de educar por medio del arte— llevó también a la formación de los museos públicos, uno de los mayores legados que recibimos del período neoclásico.

La pintura neoclásica fijó su atención en temas históricos y moralizantes, y la escultura la misión de hacer perdurable las acciones de los hombres ejemplares. “La Muerte de Marat” (1793), de Jacques Louis David es ejemplar: la idea de la muerte domina toda la pintura, el fondo desnudo, la inscripción en el cajón de madera, la actitud de la figura desfalleciente sugiere la actitud estoica de este hombre en el trance de morir.

El tributo de un pintor a este mártir que debería provocar las más hondas reflexiones; estamos ante la presencia de una “pietá secularizada”.

Este papel de educar y moralizar se manifestó también en la arquitectura en los años de la Revolución —con el monumento arquitectónico— conmemorativo de un hecho notable o de un personaje, que debería estar presente en la ciudad para perdurar en la memoria colectiva para siempre.

Con el quiebre de la tradición arquitectónica Barroca, y la construcción del nuevo sistema compositivo Neoclásico va a ser posible el desarrollo de una arquitectura objetiva, mesurada y desornamentada, favorecida en primer lugar por la nueva visión de la antigüedad grecorromana, como consecuencia del examen científico de las ruinas antiguas y de los hallazgos arqueológicos. El gran Prix de Rome, permitió a los más aventajados alumnos de la Academia, permanecer como becados en Italia y poder completar sus conocimientos con el estudio de las venerables ruinas romanas.

La exaltación de la arquitectura romana en las academias y en los medios cultos europeos fue posible a través de los dibujos y grabados de Gian Battista Piranesi (1720-1778) tanto de ruinas reales como imaginarias que empezó a publicar a partir del año 1743; a través de las láminas de sus álbum

enseñó a ver a los artistas y arquitectos de su tiempo en forma dramática el organismo arquitectónico de las obras romanas.

Paralelamente a Piranesi, los estudios y publicaciones de Johann Joachim Wilckelmann —el más importante teórico del Neoclásico— enseñó a los hombres de su tiempo a mirar con nuevos ojos la cultura griega. A él aún se asocia su idea de la “noble simplicidad y serena grandeza” del arte griego vinculada a su concepción de la belleza clásica como un ideal absoluto.

La construcción del nuevo sistema compositivo neoclásico en Francia estuvo fundamentada en una importante labor teórica en la que sobresalen los escritos del Abate Marc Antoine Laugier (“*Essais sur l'Architecture*”, 1753) importante en su intención de fortalecer la tradición arquitectónica discutiendo sobre sus orígenes, haciendo clara distinción entre lo superfluo o particular y lo necesario o esencial; sostenía que sólo la adhesión a esto último garantizaba la perfección arquitectónica. Para evitar la decadencia decía “es preciso abandonar la belleza formal y aspirar a la expresividad y al carácter”. La búsqueda de la “expresividad” y el “carácter” adecuado señalará la obra de los más importantes arquitectos revolucionarios, los iniciadores de la generación de 1730 y sus seguidores de la generación de 1760.

Junto a Laugier, fue decisiva en la formación de los arquitectos de la generación del 30 la labor de Jacques François Blondel —profesor, arquitecto y escritor—; fue el líder de la nueva generación y el maestro que inició la revolución arquitectónica. Un contemporáneo que editó los volúmenes póstumos de su “cours” afirmó: “consiguió por medio de su enseñanza preparar la revolución que tuvo lugar en arquitectura, en los últimos años. No podemos olvidar que le debemos esto”. Efectivamente fueron discípulos suyos los dos arquitectos más destacados del movimiento neoclásico: Etienne Louis Boullée y Claudio Nicolás Ledoux.

Boullée, profesor y teórico de la arquitectura, su importancia radica tanto en su labor docente como en sus diseños y en su monumental manuscrito “*L'Architecture*” en que sintetiza sus reflexiones: “Nacido en un período en que la arquitectura había caído en lo pueril tuvo que sobreponerse al gusto del momento y purgar la arquitectura de sus ridículas formas... conducido por el amor a su arte, ha agotado su vida entera en la búsqueda de lo que podría ser su progreso, ha desarrollado por el estudio de la naturaleza una nueva teoría de los cuerpos”. Buscó lo absoluto, el concepto de claridad y de veracidad, que de una categoría estética pasó a ser un planteamiento ético.

“La forma —decía Boullée— no tiene más función que la de ser el soporte del pensamiento, transmitir impresiones, producir sensaciones con la dimensión, la definición geométrica de los volúmenes y la pureza de las superficies”.

Ledoux fue un auténtico representante de los finales del siglo XVIII, fue un ardiente propagandista de los nuevos objetivos de la arquitectura, un visionario y un luchador. Nunca pudo llevar a cabo sus nuevas ideas de

renovación, sólo en sus dibujos y diseños y en su libro "L'Architecture" publicado en 1804 pudo expresar sus avanzadas opiniones y atacar a fondo el convencionalismo en la arquitectura. Se sentía orgulloso de haber roto por fin el prestigio de la vieja doctrina y de los viejos modelos; fue uno de los primeros en desarrollar un nuevo lenguaje formal y en muchas de sus obras se anticipó al futuro.

La evolución arquitectónica es un proceso en el que un ideal nuevo y en auge se infiltra lentamente en otro viejo y decadente; la profundidad de movimiento revolucionario y el vigor de la nueva concepción aparece ya patente en las realizaciones de Boullée y Ledoux, los más destacados arquitectos de la generación de 1730. La amplitud del nuevo movimiento fue definido por sus seguidores, los arquitectos que nacieron hacia el año 1760. Su lenguaje se caracterizó por la geometría elemental, la individualidad compositiva, la lectura de las partes y la relación mecánica entre ellas; la sequedad de las fachadas, la ausencia de decoración, la articulación de planos y los contrastes de textura.

Cuando la fuerza revolucionaria se había calmado y parecía que se habían alcanzado los principales objetivos artísticos, en la Escuela de Beaux Arts del 1800, se formaron los dos arquitectos franceses que habían de introducir en Chile la "nueva arquitectura". Claude François Brunet de Baines, primero, y Lucien Henault, después, contratados por el gobierno, y a quienes debemos la creación y mantención de la Escuela de Arquitectura de la Universidad de Chile en el año 1849.

Como arquitecto de gobierno tuvieron a su cargo los proyectos y construcción de las grandes obras del Estado y las numerosas obras privadas que cambiaron la fisonomía de la ciudad de Santiago; impusieron el lenguaje de la arquitectura francesa que habría de perdurar a través de sus sucesores y discípulos hasta las primeras décadas de este siglo; formaron a los primeros arquitectos chilenos, Fermín Vivaceta, Ricardo Brown, Manuel Aldunate; instruyeron en las nuevas técnicas y sistemas constructivos a escogidos grupos de artesanos, y participaron en importantes iniciativas en la vida artística chilena.

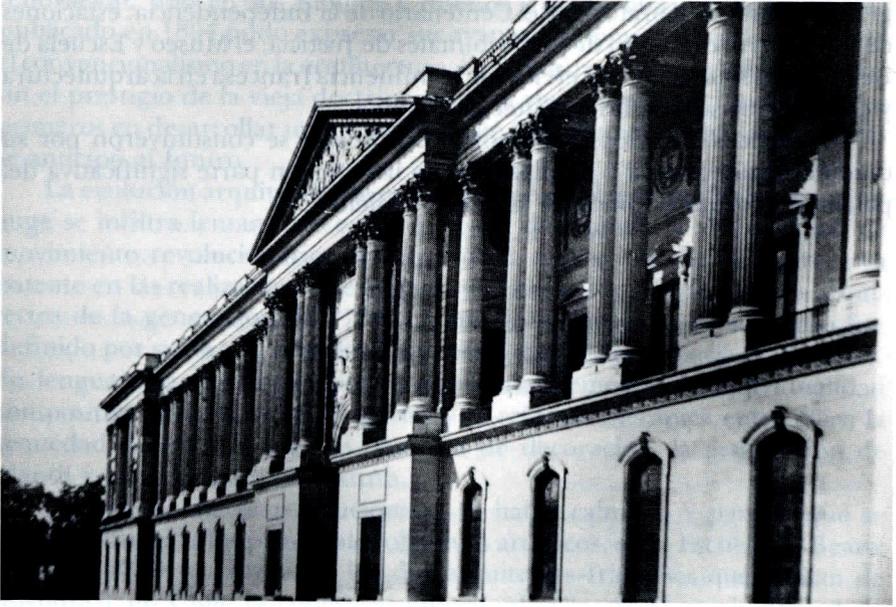
A partir de la labor de estos arquitectos y por 70 años, la arquitectura en Chile se hizo al influjo de los arquitectos franceses y de las corrientes historicistas que el romanticismo había impuesto en la cultura francesa de la segunda mitad del siglo XIX.

Paul Lathoud llegó a Chile contratado por el gobierno para levantar el gran Palacio de la Exposición Internacional del año 1875—actual Museo de Historia Natural en la Quinta Normal— construyó el Palacio Cousiño y otras grandes residencias santiaguinas. Antes de terminar el siglo, la obra profesional de Eugenio Joannon, Emilio Jequier y Emilio Doyere entregó a la ciudad los nuevos edificios públicos que requería una capital en el inicio de su modernidad, entre ellos, los grandes edificios que se levantaron para las

grandes fiestas celebratorias del Centenario de la Independencia: estaciones de ferrocarril, el Palacio de los Tribunales de Justicia, el Museo y Escuela de Bellas Artes, que cerraban el ciclo de la influencia francesa en la arquitectura y en la formación de los arquitectos chilenos.

Magníficos edificios y palacios públicos, que se constituyeron por su calidad arquitectónica y emplazamiento urbano, en parte significativa del patrimonio arquitectónico de la nación chilena.





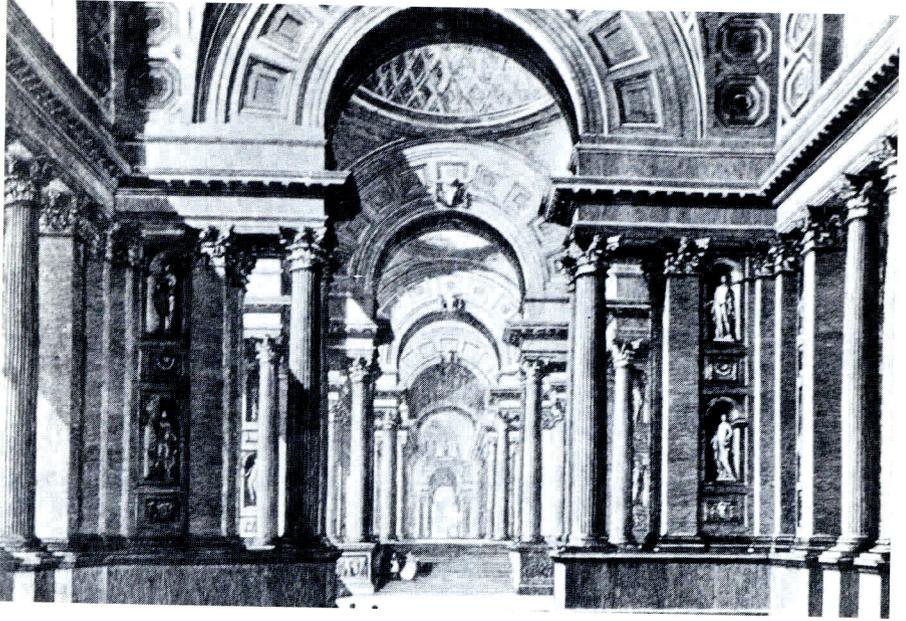
Claude Perrault, Fachada oriental del Louvre, construida entre 1667 y 1674.



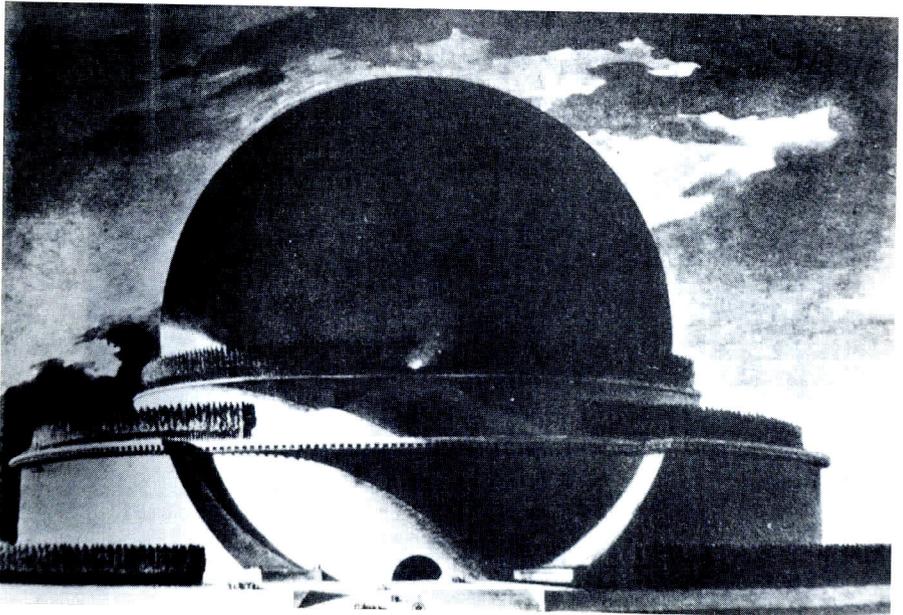
J.G. Soufflot, iglesia de Santa Genoveva —El Pantheon— construida entre 1756 y 1790.



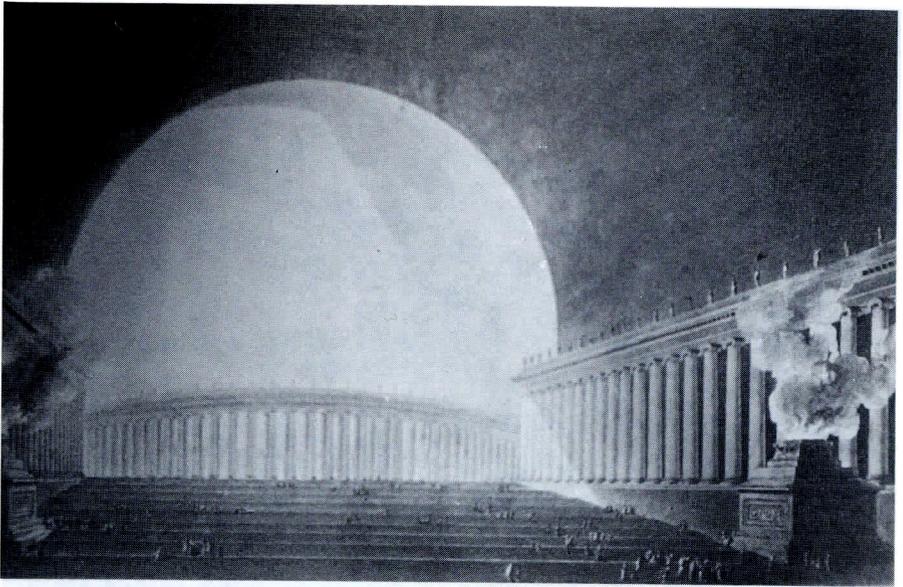
Portada de la 2ª edición, 1755, de la obra del Abate Laugier.



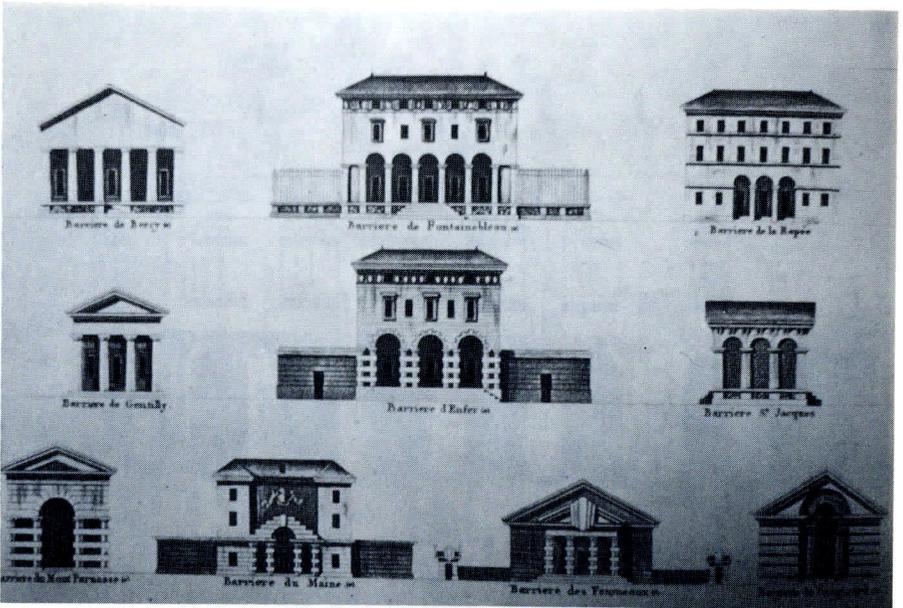
Giambattista Piranesi, grabado "Vestíbulo de un gran templo", 1743.



E.L. Boullée, Proyecto del Cenotafio de Newton, 1784.



E.L. Boullée, *Projecto de Museo*, 1789.



C.N. Ledoux, *Les Barrières de Paris*, 1785-89.



L.P. Baltard, Palacio de Justicia de Lyon, 1835.



C.F. Brunet de Baines, Teatro Municipal de Santiago, construido entre 1853 y 1857.



C.F. Brunet de Baines, Portal Tagle, 1854.



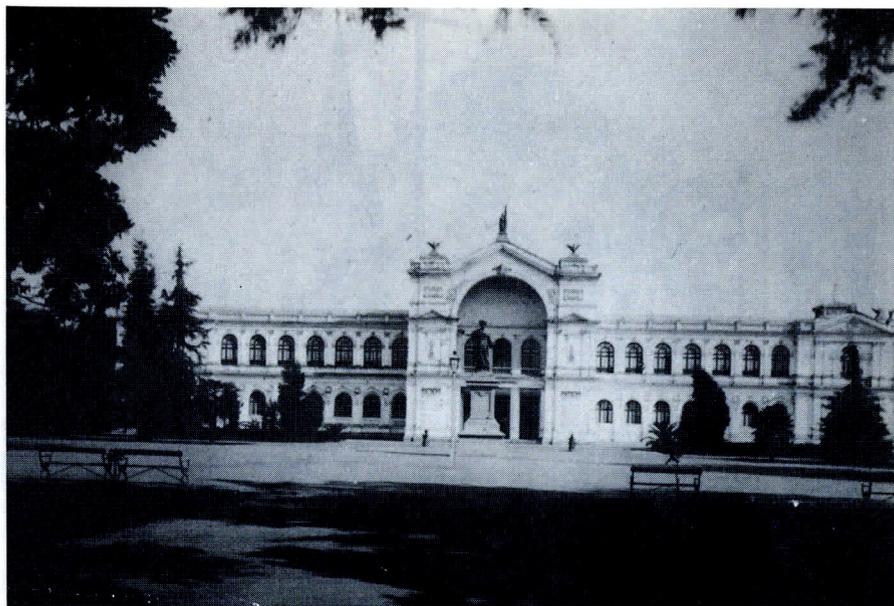
L.A. Henault, Palacio de la Universidad de Chile, 1863.



Ricardo Brown, Galería San Carlos, 1869, demolida.



Ricardo Brown, Edificio del Correo Central, c.a. 1875.



Paul Lathoud, Palacio de la Exposición Internacional de 1875 - Quinta Normal.



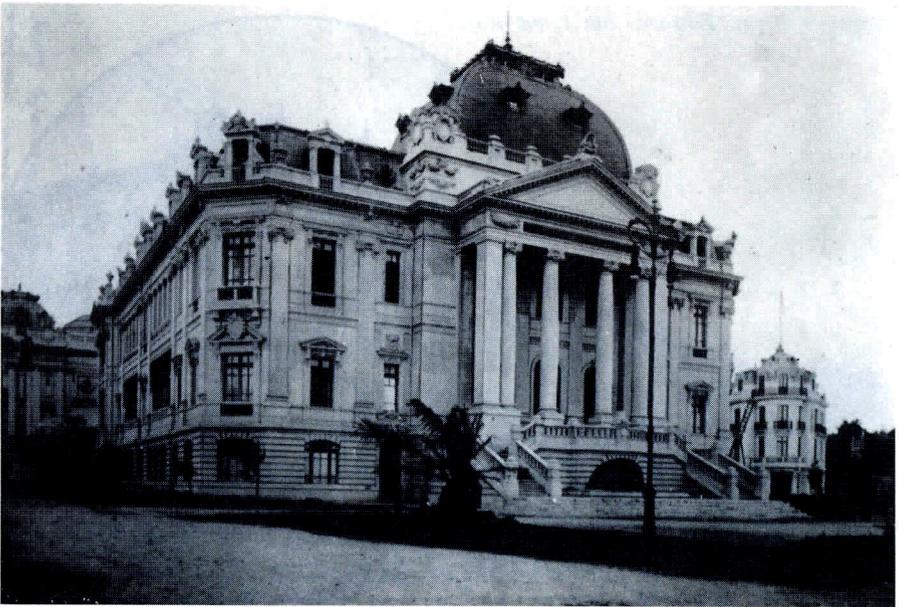
Alameda de las Delicias, fachada sur a la altura de calle Lord Cochrane.



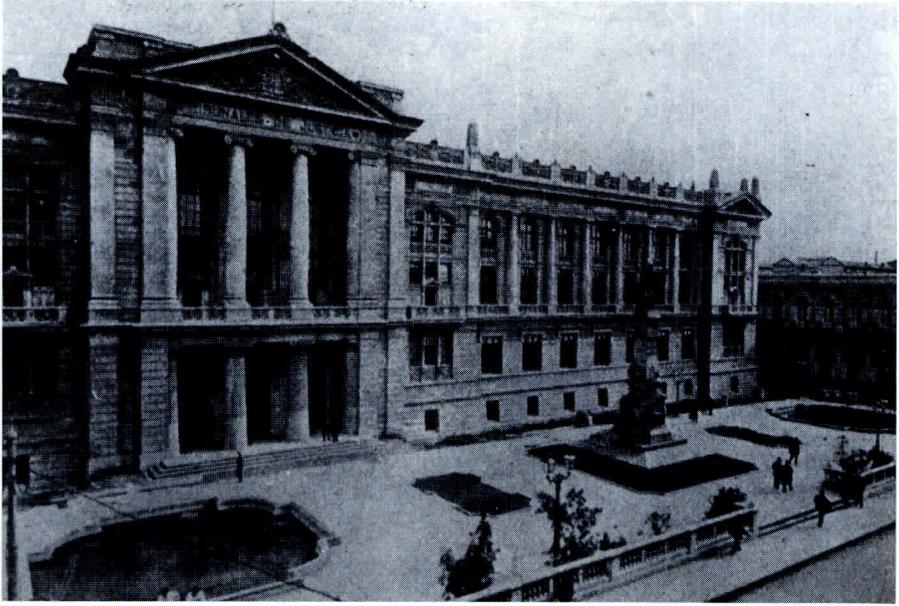
Alameda de las Delicias, fachada sur a la altura de calle Dieciocho.



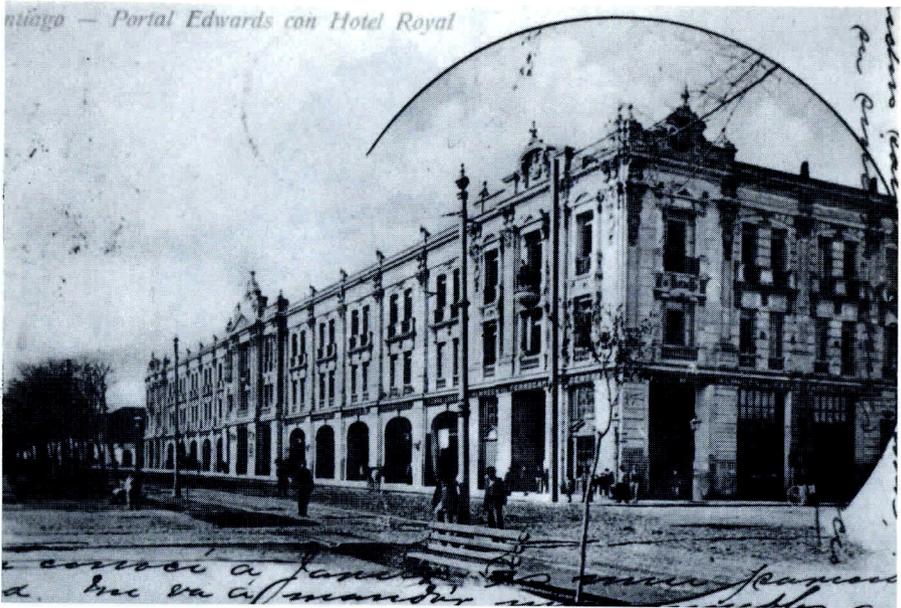
Calle Dieciocho, desde la Alameda de las Delicias.



Emilio Jecquier, Escuela de Bellas Artes, 1910.



Emilio Doyere, Palacio de los Tribunales de Justicia, 1907.



Carlos Barroihlet, Portal Edwards, construido entre los años 1899 y 1901.